



NURIA DUPERIER
ANTONIO SANTAMARÍA

El campo en la ciudad: estrategias alimentarias de la población de Maputo

En muchas ciudades europeas se cultivan diferentes tipos de frutas y hortalizas en los jardines de las casas de las zonas de los suburbios, producción que en su mayor parte está destinada al consumo familiar. Esta actividad, que quizás en otro tiempo se consideró residual o muestra de cierto nivel de atraso y que en nuestros días forma parte del ocio de los habitantes de la ciudad, ha recobrado cierta importancia dentro de los parámetros que hacen referencia a la práctica de cultivos ecológicos.

También en las ciudades africanas la agricultura urbana está ampliamente extendida, pero sería un error valorarla con los mismos criterios que la que se practica en Europa. Además de que los motivos que impulsan a la ocupación de tierras y su labor son muy diferentes, se puede asegurar que la utilidad de la actividad varía en función de la posición social de quienes la practican.

Si no podemos cometer el error de igualar la agricultura urbana en África y en Europa, tampoco podemos pensar que las soluciones a los problemas que se plantean pueden ser las mismas. Cualquier ayuda o intervención debe ir precedida de un mínimo estudio de las condiciones específicas de cada ciudad e incluso de los diferentes grupos de habitantes que practican la agricultura en cada área. Una vez más, hay que ver y analizar antes de actuar, porque la imposición de nuestros modelos no es el camino más recomendable para solucionar los problemas de los otros.

■ Historia de Maputo

En la historia de Mozambique se registran procesos de urbanización mucho antes de la llegada de los portugueses. Asentamientos urbanos como la Isla de Mozambique, Sofala, Quelimane, Sena y Tete eran ciudades y puertos que participaban en la economía del Índico, que se extendía desde el canal de Mozambique hasta el subcontinente indio, formando parte del activo sistema comercial que abar-

caba a numerosas ciudades costeras del África oriental. La presencia portuguesa fue muy pequeña y en algunos puntos, como en Mombasa, se perdió rápidamente, dejando como único testimonio el «Fuerte Jesús».

Los fuertes como el de Maputo o el de la Isla de Mozambique son quizás el testimonio más visible de la colonización hasta finales del siglo XIX, periodo en el que se inició una nueva oleada de presencia portuguesa que se consolidaría mediante la ocupación efectiva de un amplio territorio, correspondiente al actual Estado de Mozambique. De este nuevo proceso surgen ciudades portuarias como Nacala y Beira, cuyo desarrollo está ligado al comercio de nuevos productos, especialmente las riquezas mineras del interior y su exportación.

El área de la bahía de Delagoa, asentamiento geográfico de Maputo, estaba originalmente habitada por grupos patrilineales tsonga organizados en comunidades con asentamientos semipermanentes, entre los que destacaba la isla de Inhaca. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, las poblaciones de la bahía comenzaron a agruparse de forma permanente, alcanzando Maputo el estatuto de núcleo urbano en 1876 (Jenkins, 2000).

El descubrimiento de oro en Transvaal y la construcción del ferrocarril desde Johannesburgo a Lourenço Marques, en 1895, transformó intensamente esta última ciudad, convirtiéndose en capital de Mozambique en 1898. Las minas de oro y la construcción del ferrocarril propiciaron la movilización de trabajadores africanos desde el campo a la ciudad, formándose los primeros barrios de trabajadores, Xipamanine y Lagoa (Maxaquene), en 1919 (Ferreira 1968). La población de la ciudad fue aumentando desde 1940, y especialmente a partir de 1965, con la apertura a las inversiones extranjeras del territorio de la bahía.

Con la colonización efectiva comenzó la privatización de la tierra, que llegó a extenderse hasta el 88% de la superficie de Maputo, produciéndose además una fuerte concentración de la propiedad, ya que el 75% estaba en manos de 11 grandes terratenientes (Jenkins, 2000). Este proceso de concentración de la propiedad es el fruto de la implantación del modelo colonial, que afectó a todo el territorio mozambiqueño desde los años 30 hasta el inicio de la lucha armada por la independencia. En este periodo es cuando se implantan en Mozambique las estructuras del colonialismo moderno, tal como recoge João Paulo Borges Coelho en su artículo «Moçambique e a África Austral: Uma leitura histórica do presente».

De este modo, la ciudad de Lourenço Marques, al igual que muchos de los principales centros urbanos de Mozambique, surge de un proceso alógeno, con instalación de espacios urbanos extraños al medio socioeconómico local. Se reproducen los modelos de la metrópoli, de los que la población originaria fue excluida, siendo

obligada a trasladarse a espacios rurales más o menos próximos. Con el desarrollo, estos espacios urbanos y las actividades económicas que generan atraerán a un número considerable de emigrantes, que servirán de mano de obra barata y no especializada, surgiendo una segregación de las áreas urbanas según criterios raciales.

En un primer momento, estos flujos se dirigieron a las áreas periurbanas (*regado-rías*) y posteriormente se extendieron a las zonas más próximas al centro de la ciudad, formando fajas suburbanas densamente ocupadas, que carecían de las necesarias condiciones de saneamiento y servicios. Así se fue conformando el carácter dual de la ciudad de Lourenço Marques: por un lado, la llamada «ciudad de cemento», que ocupa la totalidad del centro urbano y algunos barrios periféricos construidos a lo largo de la salida de la ciudad para los colonos de menores recursos económicos, fundamentalmente funcionarios y operarios. Así surgen barrios como los de Benfica, Choupal (actual 25 de Julho) y la zona de la estación de Lourenço Marques.

Esta «ciudad de cemento», blanca, de desarrollo vertical, planificada, con infraestructuras y servicios, era el polo opuesto de la «ciudad de *cañiço*», negra, suburbana, horizontal, no planificada, de construcción espontánea y de materiales precarios, sin infraestructuras ni servicios, que se extendía como un cinturón, cercando la ciudad de cemento.

Las transformaciones ocurridas en estos espacios después de la independencia no eliminaron esta dualidad económica, social y de organización territorial. La única alteración fue demográfica: la casi totalidad de los extranjeros abandonan el país y las ciudades pasan a ser ocupadas por población mozambiqueña venida de los suburbios o de zonas rurales.

La gestión del espacio urbano se complica con el incremento demográfico, ya que durante el periodo 1970-1980 no se construyeron nuevas infraestructuras ni se ampliaron las existentes. Al contrario, la presión ejercida por un número tan elevado de nuevos vecinos (la población urbana de Mozambique aumentó en 7,5 veces) llevó a una rápida degradación de éstas. En Maputo, la ciudad de cemento se transformó radicalmente por lo que respecta a las características culturales, sociales y económicas de sus residentes. La misma estructura urbana y el mismo tipo de edificaciones pasaron a ser usados de acuerdo con nuevos valores y por un mayor número de vecinos, uso que produjo la degradación en términos de infraestructuras y servicios. A su vez, la ciudad de cañiço, en el área suburbana, creció rápidamente, aumentando la densidad de población de tal forma que la ocupación del suelo hizo imposible la circulación viaria y dificultó la construcción de infraestructuras básicas.

Tras la independencia, en 1975, los movimientos de población están relacionados directamente con los acontecimientos políticos. La mayor parte de los 200.000 portugueses residentes abandonaron Maputo y sus propiedades, que con el nuevo Gobierno del Frelimo pasaron formalmente a ser propiedad del Estado, como consecuencia de las políticas implantadas durante el «ciclo socialista».

Con el recrudecimiento de la guerra entre el Frelimo y la Renamo, la ciudad funciona como lugar de refugio seguro para las poblaciones rurales hostigadas por la guerra.¹ Al contrario de lo que ocurre con las migraciones más clásicas del campo a la ciudad, donde los primeros en trasladarse son los varones en edad productiva, durante el periodo de la guerra civil la migración fue igualitaria o sensiblemente femenina.

Durante el transcurso de la guerra, el colapso del Gobierno y las nuevas oleadas de emigrantes que huían del conflicto produjo la degradación rápida de los servicios y de la propia ciudad. En 1986, con la extensión de los límites administrativos, surgió el área periurbana, en que las características rurales de sus habitantes resultan patentes y duraderas, pero en la que también empiezan a surgir espacios urbanos de clases económicamente más favorecidas, que ocupan parte de este territorio con sus construcciones.

El cambio más dramático en las condiciones de vida de los habitantes de Maputo se dio a finales de los 80 con los programas de ajuste estructural (Abrahamson y Nilsson, 1995) debido a la pérdida de empleos en el sector público, el incremento del coste de la vida y el deterioro continuo de los servicios e infraestructuras de la ciudad de cemento.

La firma de los acuerdos de paz, en 1992, no produjo el esperado fenómeno de retorno masivo a las zonas rurales de origen, sino que la ciudad continúa creciendo, debido más a un proceso de huida de las condiciones precarias de la economía rural que a los atractivos de la ciudad, proceso que se mantiene hasta la actualidad.

La fisonomía de la ciudad de Maputo ha ido cambiando como resultado de los diversos acontecimientos catastróficos sufridos: las inundaciones del 2000, que destruyeron numerosas casas, campos y calles, dejando miles de muertos; o las explosiones de polvorines militares en los años 1987 y 2000. Como consecuencia de estos hechos se produjeron desplazamientos de la población de unos barrios a otros y nuevos procesos de planificación urbanística.

El Maputo actual, según recoge Manuel G. Mendes de Araújo (Universidad Eduardo Mondlane, 2004) en su artículo «Os espaços urbanos em Moçambique», puede ser dividido en tres espacios concéntricos con fronteras no claras:

– «La ciudad de cemento», también conocida como área urbana, organizada territorialmente en planta ortogonal. Tiene una red viaria pavimentada, aunque muy degradada; servicios de saneamiento básico; redes de abastecimiento de energía eléctrica, agua potable y telecomunicaciones. La construcción, en general, es vertical. Hay concentración de comercios, servicios y algunas industrias y faltan espacios verdes y de ocio.

– Área suburbana, conocida como la ciudad de *caniço*, constituida por barrios no planificados, de planta indiferenciada o anárquica; elevada densidad de ocupación del suelo, que dificulta la circulación y la construcción de espacios de servicios. Las redes de abastecimiento de energía y agua potable son deficientes o inexistentes. Las redes de telecomunicaciones también son deficientes y falta el saneamiento básico. La construcción es horizontal, con predominio de materiales de bajo coste. Faltan servicios, la red comercial es mala y la circulación viaria presenta dificultades. Es un área de residencia de las clases trabajadoras pobres, fundamentalmente. Existen algunas unidades industriales, con graves problemas ambientales.

– Área periurbana, espacio de expansión de la ciudad, aún con mucho terreno por edificar. Los barrios planificados se alternan con barrios espontáneos y residencias rurales dispersas. La construcción es totalmente horizontal, alternando materiales de construcción duraderos con precarios. Las redes de abastecimiento de energía eléctrica y agua potable son inexistentes o deficientes y faltan los servicios de saneamiento básico. La circulación viaria presenta dificultades por la falta de vías adecuadas, con excepción de los espacios de salida y entrada de la ciudad. Persisten las actividades rurales. La población está constituida por agricultores residentes allí desde tiempo atrás, inmigrantes de otras zonas rurales e inmigrantes urbanos venidos de la ciudad de cemento para instalarse en residencias nuevas o habilitadas, denominadas quintas.

En 1998 se celebran las primeras elecciones municipales, con participación de sólo el 10% de la población. El Frelimo obtiene la mayoría, manteniendo así el control de la ciudad. En 2003 se celebran las segundas elecciones «autárquicas» (municipales), con una participación algo mayor que en las primeras pero sin alcanzar el 25%. El Frelimo renueva su éxito, con el 75% de los votos.

Actualmente, la ciudad de Maputo cuenta con 1,3 millones de habitantes y una superficie de 466 km², dividida en 7 distritos, incluidos Catembe y la isla de Inhaca. En los otros 5 distritos urbanos hay un total de 49 barrios con distintas características. Barrios de asentamientos formales en los distritos 1 y 2 (ciudad de cemento) y barrios semiformales, informales, suburbios y rurales en el resto de los distritos. Colindante con Maputo se encuentra Matola, segunda ciudad en población de Mozambique, con unos 600.000 habitantes, organizada en tres distritos administra-

tivos, Matola Sede, Machava e Infulene; estos dos últimos de marcado carácter rural. La ciudad de Maputo y Matola forman el llamado Gran Maputo.

Con frecuencia tendemos a analizar los núcleos urbanos africanos tomando como modelo la configuración de las ciudades europeas. Sin embargo, las condiciones de vida y, especialmente, la cobertura de las necesidades alimenticias determinan una estructura urbana muy diferente, que es necesario observar con detalle, tanto por lo que respecta a la estratificación de sus habitantes como por la dinámica de sus actividades.

■ Estratificación social y seguridad alimentaria

En el África subsahariana, la emigración a las ciudades y la consecuente expansión urbana es un fenómeno de finales del siglo XX. En la actualidad, la tasa de urbanización alcanza el 3% anual y aproximadamente el 38% de la población del África subsahariana vive en áreas urbanas (SNU, 2007), aunque el proceso de urbanización no es homogéneo y varía según las regiones. De hecho, el 57% de la población de África austral es urbana, frente al 40% del África central.

Mozambique se encuentra entre los países menos urbanizados, pues sólo el 35% de su población vive en ciudades; de ellos casi el 48% se concentra en el Gran Maputo. La tasa de urbanización de Mozambique es del 6% anual. La emigración de la población rural es muy reciente y se debe a diversos factores, entre los que destaca la crisis del mundo rural, que se manifiesta por la persistencia de la pobreza, la inseguridad alimentaria y la falta de trabajo, en términos generales. Por otra parte, la larga guerra civil y sus repercusiones sobre la población provocaron el éxodo de cientos de miles de habitantes del campo que buscaban seguridad en las ciudades. La muerte y la emigración masiva han desarticulado las estructuras familiares y sociales en muchas áreas del país, convirtiendo el mundo urbano en una salida cuyos atractivos con frecuencia se encargan de difundir los propios emigrados ya asentados en las ciudades, aumentando así las expectativas de jóvenes y hombres en plena edad productiva, que esperan encontrar una vida mejor.

Los inmigrados a la ciudad de Maputo tienen pocas oportunidades de encontrar un empleo remunerado. Sólo aquellos que cuentan con un cierto nivel de educación o formación pueden aspirar a la panacea de un salario, existiendo una clara discriminación de género, porque las mujeres registran el mayor grado de analfabetismo y la tasa más baja de escolarización. En consecuencia, los recién llegados pasan a formar parte del amplio núcleo de población que obtiene sus ingresos de forma irregular, trabajando en un conjunto de actividades diversas cuya clasificación no resulta fácil, como pone de manifiesto el desacuerdo entre los especialistas para

denominar el sector. Unos lo llaman sector informal y otros le dan la categoría de economía informal. Para determinada corriente de pensamiento, es la solución para la supervivencia de la población urbana africana y lo denominan economía popular.

En todo caso, sí hay coincidencia en que estas actividades, en conjunto, representan estrategias de subsistencia, en las que se suman las prácticas tradicionales de supervivencia del mundo rural con las innovaciones necesarias para adaptarse a las nuevas condiciones de la vida en la ciudad. Estas prácticas se corresponden con una situación en la que la población carece de recursos y de acceso a los bienes y servicios más básicos, condición que coloca a la mayor parte de los habitantes entre la población pobre. En el caso de Maputo, la pobreza ha aumentado del 47,3% al 53,2% de los residentes durante el periodo 1997 a 2003, mientras los dos quintiles más pobres, que suponían en el año 97 el 18,2% de la población, han pasado a ser el 41,3% en el año 2004, como puede apreciarse en el cuadro siguiente.

Indicadores sociales

	nacional	rural	urbana	Maputo	quintil+pobre	quintil+rico
Pobreza	54,1	55,2	51,6	53,2		
Analfabetismo	53,6	65,7	30,3		39,9	15,2
Esperanza de vida	47,1	45,7	50,8			
Ratio de fertilidad	5,5	6,1	4,4	3,2	6,3	3,8
Personas/vivienda	4,8	4,7	5,2	6,3	8,4	5,2
Grº de dependencia	99	107,2	83,7	64,1	77,2	51,8
Trabajo formal	8,8	3,2	23,5	35,6	15,4	84,6
Ingreso mensual (000)	335	253	505	853		
Gasto mensual (000)	334	235	543	1.000	237	2.932

FUENTE: INE, 2004, y BM, 2007.

Los métodos para determinar la pobreza urbana son muy diferentes según el enfoque y las instituciones que elaboran los datos, pero una forma de definirlos se basa en las propias percepciones de los residentes en las aglomeraciones urbanas (Abdou Salam Fall, 1999). Para la población de Maputo, la percepción de los factores que determinan la pobreza no es la misma que en el mundo rural. Tanto en la ciudad como en el campo se considera que son pobres los que tienen un alto nivel de dependencia, escaso o ningún nivel de educación, así como una reducida diversificación de las fuentes de ingresos. En Maputo existen una serie de factores específicos que identifican a los pobres, como son: la lejanía del lugar de residencia respecto al centro de la ciudad, la denominada ciudad de cemento, donde se realizan la mayor parte de las transacciones y se presentan las mejores oportunidades de tra-

bajo y negocios; también es un factor a considerar la realización o no de actividades que permiten la obtención de dinero, el acceso a la tierra o a una vivienda, así como a servicios básicos, especialmente de transporte. Por otra parte, también se ve como un factor negativo la pérdida de las relaciones con el campo. La suma de todos estos condicionantes constituye y es percibida como el conjunto de dificultades que impiden el acceso a los medios que permitan salir de la pobreza.

La mayor parte de la población tiene unas condiciones de vida que se caracterizan por la deficiencia y escasez de servicios urbanos. En un estudio publicado por el Banco Mundial en 2006 se mencionaba que el 62% de los habitantes vive en construcciones precarias o temporales, el 58% no tiene acceso a sistemas de saneamiento básico, el 42% no tiene acceso al agua potable, el 85% vive en áreas sin drenaje de agua de lluvia y el 74% no se beneficia de la recogida de residuos sólidos.

Otra de las características de la población, especialmente la más pobre, es la situación de inseguridad alimentaria, que se presenta cuando las personas no tienen en todo momento acceso material y económico a suficientes alimentos inocuos y nutritivos para satisfacer sus necesidades y preferencias alimenticias para llevar una vida activa y sana (FAO, 2003). La inseguridad alimentaria «es en las ciudades africanas un fenómeno más bien individual o familiar, y no comunitario, como en el mundo rural. Los grupos vulnerables en la ciudad tienen a menudo menos redes informales de seguridad (redes de parentesco y comunitarias). Su dependencia del alimento comprado está relacionada con su incapacidad de acceder y usar los recursos naturales para producir comida» (Urbanización y seguridad alimentaria en el ASS, Conferencia Regional para África FAO, 2008).

En las áreas urbanas, el principal determinante de la disponibilidad de alimento para el grupo familiar es, en primer lugar, el precio de los alimentos y los ingresos de la familia, que se suple con el acceso a la producción casera (agricultura urbana o periurbana), más los suplementos alimentarios obtenidos por las transferencias formales e informales.

En Maputo, el coste del transporte supone el 6,7% de los gastos per cápita, frente al 2,5% a escala nacional (INE-2004), e influye fuertemente en la disponibilidad de alimentos de los pobres. La posibilidad de cubrir los gastos de desplazamiento limita el acceso al empleo y a las transacciones de la economía popular, oportunidades que se presentan mayoritariamente en la denominada ciudad de cemento, lejos de los barrios donde residen los más pobres. La importancia del coste del transporte pudo ser constatada por los acontecimientos que se produjeron en marzo de 2008, cuando después de la subida del precio de los viajes en los transportes populares llamados «chapas», se produjeron numerosas manifestaciones y revueltas en la ciu-

dad, lo que indujo finalmente al Gobierno a responder a la presión popular con medidas destinadas a subvencionar el sistema de transporte urbano.

En general, en el África subsahariana la diversidad de la dieta de los hogares, definida como el número de alimentos o de grupos de alimentos consumidos por las familias en un período de referencia, es más alta en las áreas urbanas que en las áreas rurales. Sin embargo, los pobres urbanos tienen rasgos de diversidad de la dieta tan bajos como los pobres rurales, presentándose la peculiaridad de que la diversidad de la dieta es menor en los hogares encabezados por mujeres que por hombres.

La complejidad de lo que podríamos denominar familia pobre es mucho mayor en la ciudad que en el medio rural. En el campo ésta podría ser definida como el conjunto de personas que viven bajo el mismo techo y comparten la misma comida, mientras en Maputo los hogares frecuentemente tiene alguno de sus miembros viviendo permanente o temporalmente fuera de la unidad familiar. En general, son menores que viven en el lugar de origen de uno de sus padres, al cuidado de sus abuelos, jóvenes que trabajan en Suráfrica o Suazilandia, cabezas de familia (en general varones) que residen y trabajan en alguno de estos dos países y las mujeres que se trasladan durante algunos meses a su lugar de origen, donde cultivan hortalizas, e incluso cereales, para venderlos directamente al mercado, suministrarlos a otros comerciantes o dedicarlos al autoconsumo familiar (Emily Chamlle-Wright (2002): *Savings and Accumulation Strategies of Urban Market Women in Harare: Zimbabwe*).

En contraste con esta población que padece la inseguridad alimentaria, hay un sector de rentas más altas que reciben regularmente salarios que les confieren un alto poder adquisitivo. Está formado por miembros de organizaciones internacionales, personal de embajadas, altos funcionarios del país, políticos y nuevos ricos, que consumen preferentemente en tiendas, supermercados y los mercados municipales como Janet, Povo y Central, donde se encuentran los productos más caros pero de mejor calidad, abastecidos mayoritariamente con productos procedentes de Suráfrica, pero con frecuencia también de Europa y América.

Este segmento de consumidores representa la materialización de la globalización en la sociedad mozambiqueña. A los ojos de una buena parte de la población, son la máxima expresión de la modernización, que se aprecia en las calles sobre todo por sus viviendas, vehículos, forma de vestir, acceso a espectáculos y restaurantes. La manifestación ostentosa de la que hacen gala tiene un enorme poder ideológico, su ir y venir, su presencia (aunque distante) representa el éxito, la ilusión que nutre el sueño atractivo de la ciudad.

Otro sector que cuenta con un cierto poder adquisitivo son los empleados, medianos empresarios y funcionarios con ingresos superiores al salario mínimo, pero

que deben completar sus ingresos con las actividades comerciales de la familia, recurriendo a circuitos de abastecimiento muy variados, desde los supermercados a la adquisición de perecederos en los mercados centrales, como Xipamanine, Estrela Vermelha, Fajardo, así como la compra a los vendedores ambulantes, e incluso los intercambios con las familias residentes en los lugares de origen utilizando medios de transporte propios, en los que se desplazan llevando bienes manufacturados de la ciudad para intercambiar directamente por productos alimenticios con ocasión de alguna festividad o evento familiar. Si disponen de suficiente capital también adquieren tierras en la zona periurbana o áreas rurales no muy lejanas, donde un miembro de la familia o aparcerero realiza cultivos complementarios para la alimentación familiar y la comercialización (Ana Bénard da Costa).

Finalmente, la mayoría de la población de la ciudad son los marginados de la globalización, el núcleo de población pobre que no puede consumir habitualmente vía mercados, que adquiere sus alimentos básicos y otros productos del comercio ambulante, el comercio ocasional y el intercambio. También buscan bienes artesanales y de reciclaje de la economía informal para intercambiarlos por alimentos y animales en redes familiares rurales: «el distanciamiento del hogar no conduce a la desconexión del lugar de origen» (Abdoumalig Simone, pág. 18). Hay que tener en cuenta que el 61% de los cabezas de familia de Maputo no ha nacido en la ciudad y estos intercambios sirven para mantener una continuidad de las relaciones entre la familia que se encuentra en la aldea de origen y el núcleo familiar residente en la ciudad. Entre ambos grupos existe un intercambio activo de bienes así como envíos de dinero a las zonas rurales donde es más difícil obtener dinero en efectivo. Es muy frecuente mandar materiales de construcción, «chapas», para las techumbres de las casas, a cambio de cereales. También actúan como intermediarios cuando viajan, recurriendo a vecinos, paisanos y parientes para enviar bienes y traer productos, evitando los costes de la intermediación de los comerciantes.

Entre esta población de más bajos ingresos se destina a la obtención de alimentos el 60 y el 70% de la renta. Para aligerar esta carga se usan diversas estrategias, con el fin de adquirir lo más barato posible los productos básicos; al igual que el sector de clase media practica la agricultura, aunque en este caso no es para complementar los ingresos sino para subsistir. Para ello, algún miembro de la familia o el conjunto familiar al completo se desplaza por periodos más o menos largos a parcelas semiurbanas y periurbanas, con la diferencia de que el acceso a la tierra se realiza no por el sistema de «compra» recogido dentro de la Ley de Tierras, sino por simple ocupación o por los sistemas tradicionales de acceso; esto es, con la autorización de las autoridades tradicionales.

Las estrategias de supervivencia y las formas de obtener un mínimo de seguridad alimentaria representan una de las formas características de organización producti-

va de la economía popular urbana. Desde el punto de vista económico representan un sector clave, en el que se insertan más de dos tercios de los habitantes de la ciudad. En consecuencia, un conocimiento detallado de las mismas es imprescindible para poder incidir sobre las condiciones de vida de la población, especialmente de la más pobre, que en muchos casos ni siquiera puede acceder a estos recursos, con políticas adecuadas.

■ Agricultura en la ciudad

Las grandes ciudades siempre han surgido en torno a un curso de agua y su expansión está en función de la existencia de traídas y red de distribución de agua, que con frecuencia tiene frecuentes fugas y pérdidas, que pueden ser aprovechadas informalmente por la población. Por otra parte, el crecimiento desordenado e irregular de la ciudad de Maputo deja espacios vacíos, en los que en principio es posible practicar una agricultura minimalista. Estas dinámicas de agricultura urbana y periurbana se supone que se ven alentadas por la cercanía a los mercados de la ciudad y se relacionan, por lo general, con la demanda de la población urbana.

En el caso de la periferia de Maputo, las posibilidades de cultivo están supeditadas a las características del capital natural, esto es, el suelo, el agua y el clima. Agronómicamente, la tierra de la zona es de tipo franco-arenoso, si bien los ecosistemas urbanos son mosaicos complejos en los cuales las características biofísicas del suelo son transformadas a través del tiempo por la acción de las diversas actividades humanas que se desarrollan en la ciudad, como los depósitos de desechos urbanos orgánicos e inorgánicos, extracción de arenas, piedras y arcillas para fabricación de materiales de construcción, etc. En general, las tierras para desarrollo de la agricultura son de baja fertilidad, con alta presencia de desechos urbanos, susceptibles de inundación, contaminación y erosión.

El clima de la ciudad puede ser clasificado como de tropical-semiárido, con una estación principal de lluvias de septiembre a marzo y una precipitación media anual de unos 600 mm. Estadísticamente, uno de cada tres años puede ser clasificado como de sequía. A menudo, el problema de la baja precipitación se ve acrecentado porque la mayoría de las lluvias cae en forma de tormenta y el suelo es incapaz de absorber toda el agua, y más si tenemos en cuenta que se trata de suelos arenosos, circunstancia que crea un alto riesgo de inundaciones, como lo demuestran las de los años 2000 y 2007. Por otra parte, la cercanía al núcleo urbano permite acceder a fuentes de agua de diferentes orígenes superficiales o subterráneos, siendo necesario destacar el uso de las residuales, que presentan un alto riesgo de contaminación.

En definitiva, la aridez, la climatología, los suministros de agua poco fiables y el régimen de lluvias torrenciales, no son factores propicios para una producción periurbana segura en los alrededores de Maputo, tanto desde el punto de vista económico como sanitario. Estas condiciones adversas hacen que el acceso al agua sea crucial para el desarrollo de la agricultura urbana y periurbana de Maputo.

Durante la estancia realizada en marzo del 2008, coincidiendo con el final de la estación de lluvias y principios de la estación seca, fueron visitadas familias y explotaciones agrícolas vinculadas con la agricultura urbana o periurbana del área definida como el Gran Maputo.

Respecto a la agricultura urbana practicada en pequeñas parcelas dentro de la denominada ciudad de «*caniço*», las explotaciones agrícolas visitadas ocupaban espacios públicos o privados baldíos, por lo general superficies pequeñas que aprovechaban los espacios que permanecen libres entre las viviendas, barracas, mercados y caminos, siendo necesario destacar que esta distribución favorecía la presencia de residuos en las proximidades.

Los cultivos eran diversos y no ordenados. Podían encontrarse en la misma parcela plantas muy diversas, como mandioca, maíz y hortalizas, en cantidades que no parecían presumir su vocación de mercado. Cuando las parcelas estaban dedicadas al monocultivo, la producción obtenida en la época de lluvias era de maíz y mandioca, mientras que en la temporada entre cosechas se sustituía por productos hortalizas. Estos últimos, al no contar ya con los aportes de agua de lluvia, dependen del suministro irregular de aguas urbanas, con los consiguientes riesgos sanitarios (no hay que olvidar que en muchos casos las hortalizas se consumen crudas, lo que aumenta el riesgo de intoxicación).² Estos «huertos de subsistencia» eran trabajados mayoritariamente por mujeres, que ocasionalmente eran ayudadas por adolescentes de la familia. En las conversaciones mantenidas se confirmó que el destino de las producciones era mayoritariamente para consumo familiar y, ocasionalmente, para la venta informal entre los vecinos.

La tenencia de ganado y animales domésticos en el espacio colindante a las casas está sometida a esta misma dinámica. Se crían gallinas, patos, conejos y cerdos para el consumo propio y a veces para obtener algunos ingresos en el comercio informal, alimentándolos con algo de grano, restos de comida y auto-alimentación de los residuos urbanos.

En las observaciones realizadas en la zona del Gran Maputo, en los distritos 4 y 5, Infulene y Matola Garden, estos «huertos de subsistencia» explotados por la población pobre volvían a repetir las características encontradas en la ciudad de «*caniço*»: pequeñas superficies con cultivos de subsistencia y falta de infraestructuras

para la realización de las actividades agrícolas. Como ejemplo muy concreto puede citarse que en el distrito 4 se estaban realizando obras urbanas de saneamiento y en los márgenes de la canalización, en plena construcción, se encontraban huertos de escasa superficie donde se podían ver los restos de las cosechas de mandioca y maíz, así como nuevas plantaciones de hortalizas, todo ello entre los materiales propios de la construcción, siendo previsible que muchas de estas pequeñas huertas serán destruidas por el avance de la canalización, indicador de la precariedad con la que se realiza esta actividad y la inseguridad en la tenencia del suelo.

Junto a estos cultivos también se pueden encontrar villas propiedad de medianos empresarios, funcionarios y empleados con ingresos muy superiores al salario mínimo, cuyos huertos rodean la casa y son trabajados por personas ajenas a la familia. Las áreas de cultivo están cercadas y cuentan con acceso al agua mediante el uso de pozos, la producción se encuentra ordenada en parcelas diferenciadas por especies: tomates, coles, calabaza, maíz, patata y pies aislados de frutales. La producción obtenida se destina al consumo propio, distribuyéndose entre la familia de los dueños y las de los empleados y comercio informal.

Existe una gran diferencia entre esta actividad y las granjas comerciales que cultivan o crían ganado de forma intensiva, contando con una serie de instalaciones relativamente modernas e infraestructuras realizadas a costa de inversiones que no están al alcance de la mayor parte de la población.

A medio camino entre la práctica familiar y las plantaciones están las cooperativas. Observando varias de estas asociaciones en el área de Matola, se podía apreciar que contaban con pequeñas infraestructuras de riego (pozos, depósitos, canalizaciones), asesoramiento técnico y acceso a insumos agrícolas. Los proyectos de cooperación tenían como objetivo el cultivo de piñas, tomates, cebollas y otras hortalizas para venderlas en el mercado, dinámica que se esperaba sirviera para reforzar las capacidades de la cooperativa.

Las cooperativas visitadas, que habían sido creadas en muchos casos a través de los proyectos de cooperación, estaban compuestas mayoritariamente por mujeres, que eran las principales beneficiarias de la ejecución de los proyectos que se basaban en la comercialización de las cosechas recogidas. Sin embargo aún no estaba garantizado el éxito comercial, porque faltaban los vehículos para transportar los productos al mercado y los contactos con intermediarios que comercializarán la producción en la ciudad.

Esta dificultad no era una cuestión baladí, ya que en años anteriores las piñas no se pudieron vender, entre otras cosas, por falta de una agroindustria para la transformación y envasado del producto. El resultado, en algunos casos, era la débil impli-

cación de los cooperativistas con el proyecto. En conversaciones mantenidas con algunos socios, estos justificaban su escaso interés por la falta de un ingreso regular, que les obligaba necesariamente a realizar otras actividades ajenas al proyecto; otros alegaron que existían algunos problemas de organización interna dentro de la propia cooperativa. También se explicó que los campos de cultivo se encontraban muy lejos de sus hogares y el desplazamiento era costoso en tiempo y dinero.

La sustentabilidad de este tipo de proyectos depende en gran medida de la capacidad comercial. En el caso de la cooperativa referida, la venta de la producción no había proporcionado ingresos suficientes para pagar el combustible de las bombas de agua, ni los insumos básicos más corrientes, como semillas y fertilizantes. Los problemas que surgen en la implantación de los proyectos, y que impiden alcanzar los ingresos necesarios para el funcionamiento normal, ponen en cuestión la viabilidad de estas acciones de cooperación. En este caso, la población pobre busca una solución inmediata a la cobertura de sus necesidades básicas.

En la cooperativa dedicada al cultivo de piñas puede señalarse que en la propia finca se podían ver parcelas de maíz y mandioca plantadas por iniciativa de los cooperativistas utilizando las infraestructuras, fertilizantes y fitosanitarios del proyecto, actitud que es el reflejo de una desconfianza hacia el éxito de la comercialización así como una respuesta a las necesidades de abastecimiento más inmediatas.

Volviendo a los cultivos familiares que se practican en la ciudad y periferia, se debe señalar que la producción aprovecha de forma irregular las infraestructuras físicas de la ciudad. La primera y más importante es la de las conducciones de agua que, residual o no, es recogida de varias formas. Otra infraestructura muy importante es la red vial y el sistema de transportes. La densidad de las carreteras y los constantes viajes de pequeños vehículos dedicados al transporte de bienes y personas son una oportunidad exclusiva de la ciudad, que en un país con tan pocas carreteras como Mozambique no resulta frecuentemente accesible.

Las carreteras mejores y más transitadas son las que discurren por el sur de la ciudad, vertebradas en torno a la que une la ciudad con la frontera surafricana. La frecuencia de los transportes es muy elevada y representa una buena oportunidad para comercializar pequeñas cantidades de productos. Por otra parte, los costes de los viajes son siempre un factor a tener en cuenta, ya que muchas veces no pueden ser asumidos por la población de la periferia. Los transportistas que van y vienen de la frontera, llamados *mukeristas*, pueden recoger productos locales por el camino y en las cercanías de la ciudad, pero no debe olvidarse que también llevan como carga productos surafricanos, muchas veces mucho más baratos que los cultivados en Mozambique.

Además de la competencia de la vecina Suráfrica, los agricultores pobres de la ciudad de Maputo tienen muchas limitaciones financieras. El acceso a créditos formales para la mejora de sus explotaciones agrícolas o de su producción es casi inexistente, por lo que no pueden usar fertilizantes y fitosanitarios, o invertir en la mejora de sus tierras.

Cuando las familias obtienen créditos suele ser para el consumo, y se consiguen a través de sus familias extensas, vecinos de su zona o las iglesias. Las diferentes confesiones religiosas tienen cada vez una mayor importancia en las relaciones sociales. En los barrios pobres de Maputo, el 28% de la población pertenece a iglesias católicas, el 23% a la Iglesia de Sión, el 13% a la Asamblea de Dios y el 11% a la Iglesia de los 12 Apóstoles. Estas tres últimas iglesias son llamadas «iglesias de mujeres», ya que sus fieles son mayoritariamente de este sexo (Xiculongo, 2007). Otra manera de acceder a préstamos es la pertenencia a asociaciones de crédito colectivo denominadas *xitique*, en general de carácter también femenino, pero la cuantía de estos créditos no es suficiente para la realización de inversiones que mejoren la capacidad productiva de las explotaciones agrarias de las familias más pobres.

En África, el ganado es un sistema de ahorro y una forma de acumular riqueza. Pero las condiciones de la ciudad no permiten mantener ganado mayor, por lo que no se utiliza este medio financiero. Por otra parte, los pequeños animales que se crían en el entorno doméstico son más una fuente de ingresos puntual que una forma de ahorro, ya que su ciclo de vida es corto.

Desde el punto de vista de los conocimientos de la población y las técnicas de cultivo, ya se ha mencionado que la mayor parte de la población es de origen rural y, por lo tanto, tiene la formación básica para producir. La línea divisoria que separa lo rural de lo urbano es muy tenue y facilita el desarrollo de la agricultura urbana y periurbana, al contar los habitantes de las ciudades con el legado de la experiencia acumulada en su lugar de origen.

Por otra parte, la ciudad representa una serie de nuevos retos que los productores deben afrontar sin ninguna ayuda, lo que sin duda abre un ámbito de actuación a la cooperación, ya que podrían facilitar la formación mínima necesaria para utilizar adecuadamente los recursos como el suelo o el agua, así como los conocimientos para sentirse seguros en las relaciones comerciales, lo que permitiría mejorar la situación de los que se dedican a la agricultura urbana, que, quieran o no, deben adaptarse a los retos que les plantea la ciudad.

En este contexto, se plantea el problema de las formas de acceso a la tierra, que es el medio básico sobre el que se sustenta la producción. La Ley de Tierras de 1997 establece que ésta es propiedad del Estado, no pudiendo ser vendida, enaje-

nada o hipotecada, y establece tres categorías principales para su tenencia: el acceso según la costumbre tradicional, ocupación de buena fe y acceso formal. La realidad en Maputo es que el acceso a la tierra y a la vivienda es a través de mecanismos informales: asignación por la autoridad del barrio, herencia o cesión dentro de la familia, ocupación directa de tierras baldías públicas o privadas y compra extraoficial.

Como la agricultura que desarrolla la población con más bajos ingresos es practicada sin el apoyo oficial, llevándose a cabo sobre una base individualista al margen de las normas urbanas, opera en lo que podríamos denominar «zona gris», entre la legalidad e ilegalidad.

Estas familias, en general, utilizan tierras públicas o privadas con frecuencia de carácter marginal, tales como los espacios junto a las carreteras, las vías del tren, ríos, zonas de protección. Los derechos de uso son mínimos y el uso de estas áreas, en muchos casos, es transitorio, lo que genera una situación de inseguridad en la que los agricultores son objeto del acoso por parte de funcionarios y autoridades. El temor a ser desalojados induce a los que las explotan a producir cultivos rápidos y estacionales, sin que se apliquen medidas para mejorar la calidad del suelo, prevenir la erosión o introducir sistemas de riego. En general, esta situación de precariedad inhibe cualquier tipo de inversión.

Desde la perspectiva de las relaciones sociales y familiares, la población de Maputo constituye una sociedad compleja, donde se mezclan aspectos tradicionales y modernos. Los hogares tradicionales de las provincias del sur de Mozambique se organizan según pautas patrilineales y residencia patrilocal, en la cual las mujeres y los hijos son «propiedad» de la familia del marido. Ésta ejerce una fuerte influencia sobre la vida de la esposa, llegando a su expulsión de la familia si no tiene hijos, si se divorcia o enviuda. En las familias rurales es frecuente la poligamia, donde la primera esposa ocupa una posición central en cuanto a derechos y responsabilidades. Esta práctica está perdiendo fuerza en el mundo urbano.

Los habitantes de las provincias del sur que habitan en el área urbana son herederos de este «modelo cultural» (Costa, 2007), pero a su vez están muy influenciados por las condiciones de la ciudad y la pobreza. Una de las características de estas familias, a caballo entre la tradición y la modernidad, es la dispersión de sus miembros en diferentes partes de la ciudad o en las zonas rurales de origen.

La vida urbana tiende a erosionar la concepción tradicional de las relaciones familiares, proceso que resulta muy visible respecto a la institución del matrimonio. En general, las familias pobres de la ciudad son complejas e inestables, con una mayor participación de la mujer en actividades informales para la obtención de di-

nero o en actividades de producción agrícola, que sirven para reducir los gastos y asegurar la alimentación de la familia. Por otra parte, la inestabilidad de las parejas, mucho mayor que en el mundo rural, provoca que la mujer sea en muchos casos la única responsable de su propia vida y de la de sus hijos.³

La mayor parte de la población residente conserva su relación con el mundo de donde procede, principalmente si han inmigrado desde la propia provincia de Maputo u otras cercanas como Gaza o Inhambane. Los contactos son mantenidos a lo largo de la vida de la familia con visitas, para intercambiar dinero o bienes manufacturados por productos agrícolas. También el vínculo sirve para que algunos miembros de la familia urbana puedan trasladarse al campo para realizar labores agrícolas en los momentos más intensos de la actividad de siembra y recolección, o emigraciones más largas, en general de las mujeres, para la explotación de tierras en los lugares de origen de su familia política o de la suya propia.

Tanto los cultivos en las zonas de origen, como los intercambios dentro del marco familiar y de conocidos es una forma suplementaria de obtener alimentos sin tener que pagar los costes de intermediarios y transportistas, lo que tiene mayor importancia cuanto más escasos son los ingresos del conjunto de las personas que viven bajo un mismo techo, siendo considerada como un elemento crucial para obtener un cierto nivel de seguridad.

■ La seguridad alimentaria de la población pobre

La FAO define la agricultura urbana como «aquella que se desarrolla en pequeñas superficies (por ejemplo, solares, huertos, márgenes, patios, etc.) situadas dentro de una ciudad y destinadas a la producción de cultivos y la cría de ganado menor o vacas lecheras para el consumo propio o para la venta en mercados de la vecindad. La expresión «agricultura periurbana» se refiere a unidades agrícolas cercanas a una ciudad que explotan intensivamente granjas comerciales o semicomerciales para cultivar hortalizas y otros productos hortícolas, criar pollos y otros animales y producir leche y huevos.

Por lo general, la proximidad a un gran mercado, que en el caso de Maputo cuenta con 1,3 millones de habitantes, es un factor que se considera positivo para el desarrollo de actividades agrarias en la ciudad o en su entorno. Al ir precisando esta afirmación se puede constatar la existencia de factores que obstaculizan el acceso al mercado, como la lejanía o los obstáculos en la red viaria e incluso trabas de tipo burocrático, que limitan las oportunidades de generación de ingresos.

La distancia aumenta la incertidumbre y reduce las opciones: en primer lugar au-

menta los costes de los insumos y del transporte del producto a la ciudad, aumenta las horas de trabajo dedicadas al transporte, exige un mayor capital para afrontar los gastos. Por el contrario, una ubicación cercana a los lugares de venta o la mejora de las infraestructuras, facilita la utilización de fertilizantes y otros insumos, potenciando la respuesta de los agricultores a los cambios de precios y aumentando la integración en el mercado. Según FIDA: «En las aldeas o localidades africanas con una mejor infraestructura material, los costos de los fertilizantes son el 14% más bajos, los salarios el 12% más elevados y la producción agrícola el 32% mayor que en las aldeas o localidades que no disponen de esa ventaja» (FIDA, 1999: 62).

En el caso de Maputo, a este factor variable de la distancia se suma la competencia que representa la comercialización de los productos surafricanos, por cuya frontera, que sólo se encuentra a 60 kilómetros, entran todo tipo de productos agrícolas e industriales a precios muy competitivos. En unas encuestas realizadas entre diciembre 2007 y marzo de 2008 en los mercados de Xipamanine, Fajardo, Janet y Central, sobre el origen de las hortalizas en venta, como tomate, cebolla, pimiento y zanahoria, se comprobó que en muchos casos procedían del mercado mayorista de Zimpeto, situado en el área metropolitana, que se abastece, en la mayoría de los casos, de productos provenientes de Nelspruit, ciudad sudafricana a tan sólo dos horas por carretera.

Esta invasión de productos importados es un elemento peculiar, podría decirse que característico de Maputo. De hecho, se ha podido constatar que en otras ciudades de Africa la agricultura periurbana es la principal fuente de suministros. Por ejemplo, en Accra suministra el 90% de las hortalizas consumidas (*Urban Agriculture Magazine*, n° 4, julio 2001); en Dakar cerca del 80% y en Dar Es Salaam, el 90% (*UPA to Food Security in SSA*, RUAF 2003).

La fuerte competencia de precios restringe aún más las posibilidades de desarrollar una agricultura comercial en el entorno de la ciudad. Sólo están realmente en condiciones de acceder a los mercados aquellos con suficientes recursos financieros de capital, tecnología aplicadas a los cultivos, insumos, instalaciones y sobre todo riego constante, y conocimiento de las instituciones que proporcionan la seguridad de entrar en las redes comerciales. No es fácil contar con todos estos medios; por eso, mientras que otras ciudades de Mozambique el 47% de la población urbana se dedica a la agricultura, trabajando para abastecer los mercados urbanos, en Maputo sólo el 7,5% (INE 2004) obtiene ingresos de este sector, dato que avala las dificultades y la falta de oportunidades, aunque existe demanda de alimentos.

Durante las entrevistas realizadas con especialistas de la Asociación Mozambiqueña para el Desarrollo Rural (Amoder), la Unión General de Campesinos (Unac), la Unión General de Cooperativas (UGC), el Instituto de Investigación para el

Desarrollo Cruzeiro do Sul, varias ONG y técnicos de cooperación, se puso de manifiesto la dificultad para cuantificar la importancia de la agricultura urbana de Maputo, si bien, en todos los casos, manifestaron su preocupación por la entrada en vigor en enero de 2008 del Área de Libre Comercio del SADC, del cual Mozambique es miembro. Esta puesta en marcha ha liberalizado el comercio entre doce de los países pertenecientes a esta organización, aunque el Gobierno de Mozambique ha declarado productos sensibles el tomate, cebolla, repollo y ajo, retrasando la reducción de aranceles para las importaciones de estos productos hasta el año 2012 para todos los países SADC y el 2015 para Suráfrica.

Por otra parte, la agricultura urbana y periurbana de subsistencia tiene una especial importancia para la población de la ciudad. Todo parece indicar que el número de personas que se dedican a ella, que no están registradas, es muy alto. Siendo necesario destacar que la población más pobre la utiliza como estrategia para aligerar la carga que en el presupuesto familiar supone la compra de alimentos y mejorar el estatus nutricional de estas familias.⁴

La producción agrícola de subsistencia, dentro y en la periferia de la ciudad, interactúa con el resto de las actividades desarrolladas en el área urbana, utiliza los recursos urbanos para su desarrollo (desechos urbanos y aguas residuales), impacta ecológicamente en la ciudad (positiva o negativamente), forma parte del sistema urbano de alimentación y compite con otras actividades por el suelo y el agua, se ve influenciada por las políticas y planes urbanísticos. Por lo general, puede decirse que la agricultura urbana sufre mayores presiones ecológicas y económicas que la agricultura rural, requiriendo una producción más intensiva y mejor controlada para mantener la competitividad y la seguridad.

Por tanto, siendo esta producción un elemento económico y social crucial en la vida de la población, cuyo éxito o fracaso les acerca o aleja de la seguridad alimentaria, en el caso de Maputo debe considerarse como un área susceptible de producir mejoras apreciables en el nivel de vida, siempre que se desarrollen políticas de intervención adecuadas y se desplieguen medios para promover la productividad de los cultivos.

1. El crecimiento fue mayor en las ciudades de las provincias más afectadas por la guerra: Chókwe, Quelimane, Tete y Xai-Xai. Las ciudades que estuvieron directamente afectadas por la guerra como Inhambane/Maxixe perdieron población ya que sus habitantes se trasladaron a Maputo o a Matola.

2. *The Nation*, uno de los diarios principales de Kenia, informó en diciembre de 2003 que los cultivos que se encuentran a lo largo del río Nairobi tendrían altos niveles de plomo. Según el diario, la col rizada podría contener niveles de plomo 15 veces superiores a los 300 microgramos por kilo que establece la

Organización Mundial de la Salud para su consumo.

3. En Sudáfrica y Namibia, los hogares encabezados únicamente por mujeres suponen más del 50% de las familias urbanas (Bridge 2001; BM 2007).

4. Estudios llevados a cabo en el barrio de Korogocho (Nairobi) en 1994 comparando un grupo de agricultores urbanos con otro no agricultor, confirman que el primer grupo consumía 100 kcal/persona/día más que el grupo no agricultor (Resource Centre for Urban Agriculture and Forestry).

BIBLIOGRAFÍA

BÉNARD DA COSTA, 2007: *O Preço da Sombra, Sobrevivencia e reprodução social entre famílias de Maputo*, Libros Horizonte, Lisboa.

BORNSTEIN, 2000: «Politics and District Development Planning in Mozambique», en *Journal of Contemporary African Studies*, 18, 2.

CASTANHEIRA BILALE, 2007: «Mulher Migrante na Cidade de Maputo», Centro de Estudos de População, Universidad Eduardo Mondlane (Maputo).

COFIE, VAN VEENHUIZEN, DRECHSEL, 2003: «Contribution of Urban and Peri-Urban Agriculture to food Security in Sub-Saharan Africa», en *International Water Management* (IWMI), Ghana Office, Accra.

COVANE, 2001: *O Trabalho Migratório e a Agricultura no Sul de Moçambique (1920-1992)*, Coleção Identidades, Promedia.

FAO, 2008: «Urbanización y Seguridad Alimentaria en el África Subsahariana», 25 Conferencia Regional para África, Nairobi.

FAO-ETC/RUAF, 2000: «La Agricultura Urbana y Peri-Urbana, y Planificación Urbana, Salud y Medio Ambiente», Documento de discusión para la Conferencia Electrónica sobre Agricultura Urbana y Peri-Urbana.

GARRETT, RUEL, 1999: «Are Determinants of Rural and Urban Food Security and Nutritional Status Different? Some Insights from Mozambique», International Food Policy Research Institute, Washington, DC, EEUU.

GAYE, NIANG, 2002: *Epuration des eaux usées et l'agriculture urbaine*, ENDA-Dakar

CENTRO DE RECURSOS PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE EN AGRICULTURA URBANA Y SEGURIDAD ALIMENTARIA, 2001: «Equilibrando los impactos positivos e negativos de la agricultura urbana para la salud», en *Revista de Agricultura Urbana*, marzo 2001.

HALL, YOUNG, 1997: *Confronting Leviathan, Mozambique since Independence*, Hurst & Company, Londres.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA, 2006: «Resultados do Primeiro Inquérito Nacional ao Sector Informal», Maputo.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA, 2007: «Inquérito aos Agregados Familiares sobre Orçamento Familiar 2002-2003».

INTERNATIONAL INSTITUTE FOR ENVIRONMENT AND DEVELOPMENT, 2003: *Environment and Urbanization* 15; 230.

-
- MENDES DE ARAÚJO, 2004: «Os Espaços Urbanos em Moçambique», IV Congr s d'Estudis Africans al M n Ib ric, Barcelona.
- PAULO, ROSARIO, TVEDTEN, 2008: «Xiculongo, Social Relations of Urban Poverty in Maputo, Mozambique», CHR Michelsen Institute, Noruega.
- PNUD, 2008: *Informe sobre Desarrollo Humano 2007-2008*.
- RESOURCE CENTRE ON URBAN AGRICULTURE AND FORESTRY (RUAF), 2003: *Optimizaci n del Uso Agr cola del Suelo en el Area Urbana*, Actas de la Conferencia Electr nica.
- RICHARDS, GODFREY, 2003: *Livestock Keeping in Sub-Saharan Africa*, Nairobi.
- SAAF FILHO, 1997: «The Political Economy of Agrarian Transition in Mozambique», en *Journal of Contemporary African Studies*, 15, 2.
- SALAM FALL, 2007: *Bricoler pour Survivre, Perceptions de la pauvret  dans l'agglom ration urbaine de Dakar*, Karthala, Paris.
- SALVADOR, 2004: «Muta es nas Periferias das Cidades Africanas», IV Congr s d'Estudis Africans al M n Ib ric, Barcelona.
- SHELDON, K, 1999: «Machambas in the city, urban women and agricultural work in Mozambique», en *Lusotopie* 121-140.
- TIFFEN, 2003: *Transition in Sub-Saharan Africa: Agriculture, Urbanization and Income Growth*, Drylands Research, Crewkerne, Somerset (Reino Unido).
- TREFON, 2004: «Ordre et D sordre   Kinshasa, r ponses populaires   la faillite de l' tat», en *Afrika Studies*, Paris.